

El hombre creciente

Problemas identificatemos en el hijo de un padre físicamente discapacitado

*Aída Miraldi**

*Parafraseando a Winnicott,
agradezco a mi(s) paciente(s)
que me ha(n) pagado por aprender.
también a la Dra. Gloria Mieres
de Pizzolanti, sin cuya ayuda
invalorable en la supervisión
del paciente no habríamos logrado
—ni él ni yo— lo que juntos conseguimos.*

Resumen

Este trabajo intenta pensar la relación cuerpo, imagen corporal, yo ideal e identificaciones. A partir del material clínico de un niño de siete años, cuyo padre, víctima de un grave accidente ocurrido en la infancia, quedó lisiado, exploramos su proceso identificatorio.

Encontramos una identificación masiva con el padre dañado, que hace surgir la pregunta “¿Qué soy? Un bicho, un monstruo, o un ser humano?” así como dificultades en las identificaciones secundarias y fragilidad en la estructuración de la situación edípica.

Encaramos, asimismo, algunos problemas de técnica que se nos presentaron en el trabajo.

* Miembro Asociado de A.P.U. Blanes 1041. Tel: 4091745. C.P. 11200. E-mail: ami-raldi@cs.com.uy
Versión ampliada del trabajo “El hombre creciente” presentado en las 9as. Jornadas Psicoanalíticas:
“Lo arcaico, temporalidad e historización”.

Summary

This paper attempts to think the relationship between body, body image, ideal and identifications. Using the clinical material of a seven year old child, whose father suffered an accident during his own childhood and was disabled, we explore his identification process. We find a massive identification with the damaged father, which makes the question “What am I?” appears: “an animal, a monster or a human being?” There also appear difficulties in his secondary identifications and fragility in structuring the Oedipal situation. We also consider some technical problems we had to face in the treatment of this patient.

**Descriptores: IDENTIFICACIÓN / DESIDENTIFICACIÓN /
IDENTIFICACIÓN PRIMARIA / MATERIAL CLÍNICO**

Introducción

Hay una imagen que me acompañó mientras trabajaba con el paciente, motivo de estos pensamientos. También hay un texto, que releí ahora, y que –juego de palabras mediante– ha prestado título a este trabajo.

La imagen –muchos la han de haber visto, muchos la recordarán– está pintada en un mural de propaganda de una casa de ortopedia en Montevideo: una niña, como de ocho o diez años, tiene un pie calzado con un zapato ortopédico. En un efecto de perspectiva (que seguramente se entendió beneficioso para los fines comerciales) el zapato, proyectado hacia adelante, resulta inmenso y transmite una sensación de pesantez desproporcionada con respecto al cuerpo y al tamaño de la niña.

El libro, del que he tomado algunas frases, es “El hombre menguante”¹ de Richard Matheson. Allí, el autor narra el drama de un hombre que, aquejado de una extraña enfermedad, ve progresivamente reducido su tamaño. Y, junto con él, su vida de relación. La novela es, también, la historia de su lucha para rescatar su humanidad.

¹. Richard Matheson. El hombre menguante. Col. Todo libro. Editorial Bruguera. Barcelona, España, 1980.

Texto e imagen están presentes en estas reflexiones.

Del cuerpo

“Los poetas y los filósofos podían hablar todo lo que quisieran acerca de que el hombre era algo más que carne, acerca de su valor esencial, acerca de la inconmensurable talla de su alma. Eran tonterías. ¿Acaso habían tratado alguna vez de abrazar a una mujer con unos brazos que no podían rodear su cuerpo?”

R. Mathesson, “El hombre menguante”.

En psicoanálisis, se trata del cuerpo que habla y del hablar del cuerpo. Hablar del cuerpo: instauramos la prohibición de ver en nuestro encuadre, inmovilizamos al paciente en el diván, dejamos que sólo la voz permanezca y, sin embargo, a pesar de todo, el cuerpo se obstina en hablar, el del paciente, el nuestro. Sonrisa seductora de un hombre o escote provocativo de una mujer, apretón de manos enérgico o una manolacia, que parece escurrirse; ruidos de estómago de uno u otro de los participantes del diálogo, o hipo intempestivo o tos... o... el catálogo sería interminable.

Hablar del cuerpo convoca un campo de investigación cuya valoración en la teoría ha conocido oscilaciones. Por un lado, “noción fundamental y constitutiva” del esquema conceptual freudiano, que hace a las sucesivas definiciones de las pulsiones y retoña en la conceptualización del narcisismo. Allí el yo de las pulsiones del yo, del “interés”, deviene yo de la libido del yo, objeto de la pulsión sexual, yo “metáfora del cuerpo” y prosigue su trayectoria como “yo corporal”, en “El yo y el ello”, yo derivado de “sensaciones corporales... proyección mental de la superficie de un cuerpo”.

Por otro, primeras incursiones en un campo teórico-técnico, donde el desprejuicio y la frescura de los investigadores trazará un sendero que, borrado por la deserción de muchos de ellos, renacerá con renovado vigor. Psicósomática, psicomotricidad, terapia de las psicosis, la técnica activa: Ferenczi, Reich, Grodeck, cada uno seguirá su propio camino, construyendo teorías que expliquen la relación mente cuerpo.

Las últimas décadas replantearán el problema: las distintas escuelas de psicósomática, las teorizaciones de Joyce Mac. Dougall, la introducción de la noción de género (Stoller), son muestras de este interés: discurso del cuerpo de la histeria, del cuerpo psicótico y del cuerpo psicósomático pasan a ocupar amplios espacios en nuestras revistas y libros.

Aquí, quisiera pensar acerca de un cuerpo del que se habla poco, pero cuerpo que no sólo se hace presente en el lenguaje, sino en la mirada. Intento hablar de un cuerpo deforme en este caso, cuerpo deforme/de otro y sus efectos sobre la identificación masculina.

De la identificación

“Descubrió que la autoridad del padre dependía en gran medida de la simple diferencia física. Un padre, para su hijo, es grande y fuerte, es todopoderoso. Un niño no ve más allá. Respeta el tamaño y la gravedad de la voz. Todo lo que le eclipsa físicamente es digno de ser respetado o por lo menos, temido.”

R. Mathesson, “El hombre menguante”

La identificación, ha dicho Lacan, es un tema “incómodo”. Me suscribo a su afirmación; para mí, lo es por dos razones. La primera, porque convoca un sentimiento de “todo ha sido dicho”. Una larga serie de autores psicoanalíticos, desde Freud en adelante, se han ocupado y desarrollado el tema. Para no repetir lo que ya ha sido muchas veces escrito, remito al lector a la bibliografía que figura al final del texto.² La segunda, por otra parte, es que el uso habitual de este concepto es laxo y recubre fenómenos de variados órdenes: se dice que un actor se identifica con su personaje o que el niño se identifica con el padre de la prehistoria personal, que el lector se identifica con el protagonista de la novela o que la madre identifica al niño con tal o cual persona, etc.

Me limitaré pues, a destacar aquellos puntos que me parece imprescindible subrayar. La noción de identificación, en la teoría freudiana, hace un camino que la jerarquiza progresivamente: pasa así de ser un mecanismo psíquico entre otros, a ser el mecanismo esencial por el cual el hombre se constituye en tanto tal. Por este mismo camino ha andado la teorización post-freudiana, tanto en la vertiente anglosajona como francesa, e idéntica postura han asumido distintos autores uruguayos.

Modo en el cual el hombre se constituye alienándose: vale, entonces reafirmar el carácter inconsciente del proceso identificatorio, cuyos retoños pueden verse como “imitación” más o menos consciente (diremos luego, brevemente, algunas palabras sobre este problema de la imitación) pero cuyas raíces se hunden en un territorio más oscuro y desconocido.

². Véase en especial (1), (3), (4), (6), (9), (14), (16), (19) y (20).

Este aspecto enlaza, a mi juicio, con otro: el sujeto se identifica con y es identificado por, aspecto transitivo e intransitivo de la identificación. En tanto “se identifica con”, la noción de identificación hace a un destino pulsional. Es legítimo preguntarse: ¿qué pulsión está en juego allí? El texto freudiano (“El yo y el ello”) con su referencia al apoderamiento, parece sugerir la pulsión de dominio o de saber: D. Widlocher⁽¹⁹⁾ confronta, inteligentemente, las distintas versiones de la identificación en la obra freudiana y sostiene que el pilar central de la teoría es un “dualismo fundamental” entre el deseo de identificarse con el objeto y el de relacionarse con él, sugiriendo que este deseo de identificación es primario y no surge de las pulsiones que intervienen en la relación de objeto (“pulsiones de identificación”).

Desde la otra vertiente, se es “identificado por”, la identificación entrelaza al nuevo ser humano que nace con sus ancestros y anuda narcisísticamente al bebe y a sus padres.

Un punto central en lo que voy a desarrollar luego es cómo pensar la identificación primaria. Quisiera esbozar algunas ideas en torno a ésta y su relación con el género. A partir de la diferenciación establecida entre género y sexo,³ diversos autores⁽⁴⁾⁽¹⁴⁾ han señalado que la identidad genérica “soy nena” o “soy varón” está firmemente establecida antes de los tres años y que, sobre ella y desde ella, el conflicto edípico se desplegará, estructurando las identificaciones secundarias.

Estos autores también coinciden en adscribir esta identificación de género a la identificación primaria. D. Gil,⁽¹⁴⁾ describe dos momentos en ésta: uno, correspondiente a la investidura de objeto, donde “padre y madre son iguales y tienen como función salvarlo del desvalimiento” y otro, de “identificación y elección de objeto de género (se les podría llamar sexuales precastrativas) donde ya se esboza y se apoyará la identificación secundaria” (pág. 44).

Esta forma de pensar la identificación primaria, destaca un aspecto que Freud esbozara en varios textos. En 1920, en “Psicología de las masas y análisis del Yo”,⁽⁹⁾ examinando la naturaleza del vínculo humano más arcaico, escribe:

“El varoncito manifiesta un particular interés hacia su padre; querría crecer y ser como él, hacer sus veces en todos los terrenos. Digamos, simplemente: toma al padre como su ideal. Esta conducta nada tiene que ver con una actitud pasiva o femenina hacia

³. Género: “el esquema ideo afectivo más primitivo, conciente e inconsciente de la pertenencia a un sexo y no al otro”, que abarca todos los aspectos psicológicos, sociales y culturales de la femineidad-masculinidad. “Sexo: los componentes biológicos y anatómicos y el intercambio sexual en sí mismo”,⁽⁴⁾ pág. 39.

el padre (y hacia el varón en general); al contrario, es masculina por excelencia. Se concilia muy bien con el Complejo de Edipo, al que contribuye a preparar.

Contemporáneamente a esta identificación con el padre, y quizás antes, el varoncito emprende una cabal investidura de objeto de la madre según el tipo del apuntalamiento (anaclítico). Muestra entonces dos lazos psicológicamente diversos: con la madre, una directa investidura sexual de objeto; con el padre, una identificación que lo toma por modelo.” (Pág. 99. Sub. míos)

Modelo, ideal, imitación: la categoría de idealidad se hace una con la imagen (ideal, procede de idea, propiamente apariencia, yo vi; imagen e imitación pertenecen a la misma familia, “representación, retrato”) y Freud reitera aquí lo que ya dijera en otros textos con distintas palabras: el niño admira a su padre, que se le aparece como “el más fuerte, bondadoso y sabio de todos los seres,⁽⁷⁾ desea parecerse a él, llegar a ser grande y poderoso como éste se le aparece. La “imagen del padre”⁴ estructura al hijo y pienso que la referencia a lo visual no es mera casualidad. Este paso de la identificación primaria hace al cuerpo (“la añoranza que el niño siente por aquel feliz tiempo pasado cuando su padre le parecía el más noble y fuerte de los hombres y su madre la más amorosa y bella de las mujeres”). Más precisamente a la imagen del cuerpo y al ideal de género. Enfatizaría acá dos puntos:

1) Ya desde Freud, pues, el ideal de género reconoce esta vertiente inicial narcisística, modélica: fuerza para los hombres, belleza para las mujeres. Este aspecto de modelo es el que E. Dio Bleichmar⁽⁴⁾ rastrea como modos en que el padre contribuye a la construcción de la masculinidad en el hijo. Para el niño el padre será modelo de cuerpo anatómico masculino, de hombre masculino en sus roles sociales, de hombre masculino aceptado y deseado por una mujer, de valorización de su propia masculinidad. Estos modelos pasarán a integrar el ideal del género (que incluye, también representaciones del niño varón ideal, provenientes del ideal de los padres, y representaciones del varón ideal del propio niño, de lo que él aspira a ser).

¿Qué sucede cuando este “modelo a imitar” presenta rasgos físicos, corporales, que, justamente, no permiten sostener este lugar de ideal?

⁴. El término imago del padre es un préstamo de la teorización junguiana. Freud lo utiliza en “La dinámica de la transferencia” y nos remite a “Transformaciones y símbolos de la libido”. Allí, Jung escribe: “...La idea de una divinidad creadora masculina es aparentemente un derivado de la imago paterna que, entre otras cosas, tiene en primer lugar la finalidad de reemplazar la relación infantil con el padre de forma de facilitar al individuo el paso del estrecho grupo de la familia al más amplio de la sociedad humana. Y señala que prefiere la utilización de esta palabra a la de complejo, pues conserva “la independencia viva que tiene en la jerarquía psíquica... la autonomía, que es su peculiaridad esencial...”.

2) La utilización del verbo “imitar” cuestiona en algún sentido, la “simple imitación” de la que Freud pretende deslindar las identificaciones cuando teoriza sobre ellas en “La interpretación de los sueños”.

En todo caso, la imitación no es un fenómeno sencillo. E. Gaddini⁽¹¹⁾ señaló que debía discriminársela metapsicológicamente tanto de la introyección como de la identificación. En sus orígenes, estaría conectada a la percepción; partiendo de las modificaciones que operan en el propio cuerpo durante ésta (que es, originariamente, percepción de las propias modificaciones corporales), la imagen que acompaña la satisfacción alucinatoria de deseos sentaría el prototipo psíquico del “imitar para ser”.⁵ Esta “imitación para ser” tendría lugar en ausencia del objeto, como un modo de reestablecer, de un modo mágico y omnipotente, la fusión de éste y del self, expresada en fantasías fusionales que pueden perdurar mucho tiempo, aún después del período preedípico.

La introyección (y su prototipo: la incorporación) están al servicio del tener, el poseer el objeto y apuntan hacia la relación objetal. Ambas líneas confluirían en el proceso identificatorio, pero podrían existir imitaciones e introyecciones que no dieran lugar a identificaciones.⁶

Estamos habituados a una consideración peyorativa de la imitación. La solemos pensar como un acto superficial y conciente (los ingleses utilizan el verbo “to ape”, ape = orangután) cuya diferencia con la identificación radica en las modificaciones que ésta produce en el aparato psíquico y en el yo. Creo que sería interesante replantearla desde el lado del yo ideal en las identificaciones pre-edípicas.

Breve viñeta clínica

Años atrás, una madre me llama por teléfono para solicitar una hora para la consulta de su hijo menor, C, de 7 años. Cuando abro la puerta, me quedo estupefacta: una bella mujer entra al consultorio, seguida por un hombre cuyo cuerpo muestra una deformidad grosera que, sin embargo, no ha afectado la cara: proporcionada, agradable, viril.

⁵. Gaddini se apoya aquí en el concepto freudiano (La negación) de que la presentación de algo es, originariamente, prueba de su realidad.

⁶. Weiss habla de “duplicación por resonancia” o “duplicación autoplástica”, designando así un proceso de “espejamiento” (percibimos a un otro y reproducimos, involuntariamente, sus movimientos), fenómeno que Sandler⁽¹⁸⁾ conecta con la identificación primaria. Creo que hay aquí una intuición valiosa, que me parece merecería una mayor profundización conceptual.

Los datos de esa entrevista los tengo escritos y los desarrollaré a continuación; pero lo que puedo recordar es mi desacomodo, mi inquietud, mi zozobra (¿qué hacer, qué decir? preguntas internas, ¿se puede sentar en el silloncito que tengo?, ¿ofreceré otro asiento o...?). Resuelvo aguardar y escucho, a lo largo de varias entrevistas la historia del hijo varón de este matrimonio, la historia de esta familia.

Concebido casi enseguida del nacimiento de la primera hija, ambos embarazos demasiado prematuros, según la madre, desde el parto inducido hasta los tres años, C presentó problemas de salud que se anudan a una fantasía de retardo (predominante en la madre): casi no aumentó de peso, tenía vegetaciones que le impedían respirar, se ahogaba y “esto le daba cara de idiota”. Operado al año, reoperado a los tres años “no jugaba ni se movía, toda la energía se le iba en respirar”. Estudios neurológicos y electroencefalográficos no obstante, no indicaron ningún elemento patológico orgánico, aunque C presentó dificultades motrices y de lenguaje que fueron tratadas.

Crece y deviene “un gitano”, que puede permanecer, a la noche, en cualquier lugar, sin mostrar angustia... aunque se ha chupado el dedo hasta producirse una deformación de paladar. Es “ansioso”, “pesado”, conversador y seductor con los adultos, pero critica todo lo que sale de él, todo lo de él nada tiene valor, todo es horrible...”.

Hostiga permanentemente a sus hermanas, sobre todo a la mayor: ella es “perfecta”, “ordenada”, “tranquila”, “de leer y dibujar”. En esto coinciden ambos padres. Y, también coinciden en sentir a C como “desvalido” o “minusválido” (aunque el resto de la familia lo percibe como un chico despierto y vivaz, en coincidencia con las evaluaciones escolares). Muchas veces, en esas primeras entrevistas y en otras, oíré apelativos como “enano” o “Superbebe”, en boca de los padres. Puedo evocar que, en algún momento, antes de saber lo sucedido con el padre, fantaseé que C también fuera deforme. “Todo lo que salga de él es horrible”.

Aunque ambos padres valorizan más a las hermanas, el decir del padre rescata siempre cosas positivas del hijo. Al mismo tiempo, y constantemente, este decir ubica a C como “igual que yo”, “se parece a mí”, “en eso es como yo”. Por momentos, hombres y mujeres en esta familia, parecen estar divididos y enfrentados: madre y hermanas, padre y C.

Tardarán bastante tiempo –y yo respetaré sus plazos, no sin sentir ansiedad– en hablar de lo sucedido al padre, a quien un accidente acontecido en la infancia marcó para siempre. Pese a esto, este hombre logró forjarse una vida que él definió feliz, en la

cual, además de otros logros, su hogar y su familia fueron centro de sus alegrías y su preocupación fundamental.

Ambos padres mostrarán pese a sus conflictos, de los que algo diré más adelante, una capacidad de escucha, un deseo de ayudar (nos, a C y a mí) conmovedor; yo no podía menos que mirarlos con afecto, mientras trataba de mantener la distancia apropiada (si es que tal cosa existe, claro).

Cuando veo a C por primera vez, el impacto es enorme: pequeñito, menudo más allá de lo esperable para su edad, es el vivo retrato del padre. Desinhibido, desenvuelto, parlanchín, “enano” también por la absoluta precisión de su lenguaje adultoide, su ansiedad invade todo y me desacomoda. Aunque el material parecía sostener claramente una línea hacia la problemática de la identificación con el padre, mis intentos en ésta dirección fracasan. Percibo su angustia, la inquietud que la delata; tardo más quizás, en darme cuenta de mis dificultades para abordar este punto, que me vuelven por un cierto tiempo, casi cómplice de una desmentida familiar.

Enano, tortugo, basurero, perro, desgraciado, bichicome, macaquito, personita: nombres y dibujos que van desplegando su imagen de sí. La imagen de su cuerpo y del cuerpo paterno; figuras humanas aterradoras en su primitivismo y pobreza; rivalidad con la hermana y la madre, vividas en el terreno narcisista (quién es el más grande, el más fuerte), más que deseo incestuoso hacia uno u otro progenitor; escena primaria donde la violencia quedará adscrita más a las figuras femeninas que a las masculinas: tal el panorama del primer tiempo de su análisis.

Dolto⁽⁵⁾ ha señalado la diferencia entre esquema corporal e imagen del cuerpo. El primero se refiere a una realidad “de hecho”, una forma de “nuestro vivir carnal al contacto del mundo físico”, y es aproximadamente el mismo para todos los individuos de similar edad. La imagen del cuerpo, en cambio, pertenece al registro inconsciente, se constituye a través de un entrelazamiento de experiencias emocionales y pulsionales absolutamente individuales y únicas para cada uno, no es únicamente del orden de lo imaginario sino imaginaria y simbólica: “es la encarnación simbólica inconsciente del sujeto deseante... y ello antes inclusive de que el individuo en cuestión sea capaz de designarse con el pronombre personal “YO” (pág. 21).

Desde esta imagen del cuerpo propio –para C casi idéntica a la del padre– su vivir repite también idénticas limitaciones: no puede andar en bicicleta, no puede jugar al fútbol, no puede trezarse en una pelea. Sus juegos son, sobre todo, juegos de mesa,

juegos de reglas y pensamiento en los que descuella. Se cuida mucho, se preocupa mucho por abrigarse o no tomar frío, por las enfermedades y los accidentes.

Transcurre bastante tiempo en el análisis durante el cual cualquier interpretación que mencione el cuerpo desencadena una catarata de palabras y acciones, palabras y acciones evacuativas de ansiedad; las sesiones “van rápido”, ese es mi sentimiento, y muchas veces tengo que esforzarme por captar algo en el torrente de palabras, que parecen no tener nada o poco que ver con su dibujo.

Desde el comienzo, todos sus dibujos de figuras humanas o animales comienzan por los pies y se arman de abajo hacia arriba; en un período del trabajo, C calca las figuras de hombre de un dibujo para otro, mientras, simultáneamente, intenta diferenciarlas y discriminarse. Así por ejemplo en una sesión (una entre muchas) pocos días después de su cumpleaños, trae una billetera nueva, en la que ha incluido la fotocopia de su cédula de identidad, reitera su firma en mi –nuestro– cuaderno, vuelve a dibujar “el llanero solitario” y dice:

C: “Me sale mal, siempre me sale mal... mira, parece un bebé... (y tiene *razón*, su comentario da buena cuenta de las características de la figura). “Vos viste alguna vez que las nenas se agarren a las pinas... en mi cumpleaños pasó”.

A: Me estás hablando de tus dificultades para ser un hombre en un mundo en el cual tu padre parece un bebé. Tiene un cuerpo marcado por su accidente y las mujeres somos grandes y agresivas.

C: ¡Falta Taca! (segundo dibujo de un hombre muy parecido al primero). Ninja, el maestro (gestos de karate). Falta el astro más grande (hace un sol enorme y sonriente). Hablamos de esto, de la desproporción de sus dibujos, “son horribles” (piernas y tronco, tronco mayor que la parte inferior del cuerpo) y dice “le voy a hacer manos y pies... tiene una jeta enorme (al sol)”.

A: Un sol papá

C: (Angustiado). Habla de dejar de venir y luego, mientras dialogamos sobre su segundo dibujo: “Yo voy a ser más alto que mi padre, por ahora...”

A: Por ahora, si no me enfermo ¿eso querés decir?

C: (Habla, muy preocupado, de la enfermedad de su abuela).

Cuestionamientos

“No hay nada peor para un hombre que convertirse en un objeto de piedad. Un hombre puede soportar el odio, el abuso, la cólera, el castigo; pero nunca la piedad. Cuando un hombre se convierte en un ser digno de lástima, está perdido. La piedad se reserva para los casos desesperados”.

R. Mathesson, “El hombre menguante”

Ciertamente C no es un psicótico, pero su problemática interpela. ¿Cómo desarticular este proceso que lo hace vivirse “idéntico” al padre, no ya en la igualdad propia del deseo inconsciente (al modo de la identificación histérica) ni como sustituto de una carga objetal abandonada (al modo de la identificación edípica) sino en un “ser lo mismo” arcaico? ¿Cómo encontrar una palabra para designar al cuerpo del padre, que no connote la humillación o peor aún, el desprecio?

A. Lussier⁽¹⁶⁾ en la única referencia bibliográfica al tema que pude hallar,^{7, 8} señala, a partir de su experiencia con cuatro pacientes, varones, cuyo padre era lisiado, que “la condición paterna de lisiado agrega una dimensión psicológica de impacto considerable en la esfera inconsciente; sucede como si el pensamiento mágico simbólico aprovechara sadísticamente este dato; la amenaza de identificación con un padre castrado está trabajando, sin importar si el padre es psicológicamente débil o no. Será peor si el padre es psicológicamente débil...” Y agrega que la considera una situación de impacto traumático, que pone en marcha la amenaza fantaseada a la integridad corporal y “activa las dos fuentes más fundamentales y universales de angustia: angustia de castración y angustia de desintegración” (pág. 183).

Yo desearía agregar: 1) que este impacto traumático pesa tanto en la identificación primaria como en la secundaria. Si aquella responde a la pregunta “quién soy”, en tanto esta contestará a la pregunta “qué sexo tengo”,⁽¹³⁾ C me hizo pensar como pertinente la pregunta: ¿Qué soy? ¿Un ser humano o un bicho, o un monstruo? como otro repertorio posible de la identificación primaria.

Desde aquí –y sólo dejo planteado el punto– el procesamiento de la identificación secundaria post-edípica es también dificultoso: los sentimientos de pena y conmiseración hacia el rival dañado interfieren dramáticamente en las fantasías de lucha y triunfo sobre él, la femineidad significa –demasiado a menudo– fuerza, triunfo, belleza, poderío fálico y mortífero. Ciertamente, identificación (es) primaria (s) e

⁷. Dicha búsqueda incluyó la Biblioteca de ACU, la mía personal y la de vanos colegas.

⁸. Existe una multiplicidad de trabajos sobre los niños que presentan malformaciones corporales, ya sea congénitas o adquiridas. No sucede lo mismo para esta situación que, de algún modo, cuestiona el procesamiento de lo diferente en otro en la estructuración psíquica.

identificaciones secundarias no son pensables por separado. De igual manera, no puedo pensar la identificación primaria como un momento puntual, mítico, efectuado en la prehistoria del individuo e inmodificable. El material de C, mostrando la actualidad de la identificación primaria, arcaica, y su intrincamiento con la secundaria, parece apoyar la idea de un procesamiento interno de todas las identificaciones a lo largo de la vida.

2) Creo que esta dimensión traumática apunta en dos direcciones:

- a) a la ligazón con lo visual, lo escópico, la imagen de otro del mismo sexo que es visto, se diga o no explícitamente, como diferente en el sentido de lo monstruoso y pasible de burla. No se lea “visual” en el único sentido del ver; si lo puedo decir con una paradoja, vemos más (o menos, según los casos) de lo que vemos. ¿Qué ve C cuando mira a su padre? ¿Qué vemos, cualquiera de nosotros, cuando miramos a un lisiado, a un ciego? Creo que vale la pena recordar que, históricamente, los individuos físicamente deformes eran destinados a bufones, ocupando un lugar ambivalentemente establecido de objeto de burla y de poder.
- b) a los vínculos de ambos padres con el hijo.

Hay consenso en distintas teorizaciones analíticas sobre el peso que adquiere el vínculo madre bebé en la relación de éste con su cuerpo. Winnicott,⁽²⁰⁾ habla de “personalización” para designar el proceso por el cual la psique pasa a “habitar” (“in-dwelling”) el cuerpo, señalando que este proceso se cumple simultáneamente con una relación que permite, en momentos de reposo, anular el proceso integrativo, “despersonalizarse” y que hay un vaivén entre ambos. Trabajando sobre los casos de dos niños con deformidad física, señala que lo que el niño necesita es “estar seguro de ser amado tal como era en el momento de su nacimiento...” (pág. 40). En el inicio, no hay anormalidad; para un niño la forma de su cuerpo y de sus funciones corporales es la normalidad. Se trata de ser amado incondicionalmente, y esto desde aún antes de su nacimiento.

En la misma línea, Dolto⁽⁵⁾ señala la posibilidad de una imagen del cuerpo integrada en niños que presentan anomalías congénitas, siempre que hayan sido amados por su madre. Y Lussier⁽¹⁶⁾ acuña la fórmula “el niño se relacionará con su cuerpo de la misma manera en que su madre se ha relacionado con éste”⁹ (pág.182).

⁹. Creo que la teorización de Winnicott y Dolto tiene acá un desplazamiento hacia la ética y la normatividad. Lussier, en cambio, hace más lugar a las necesidades narcisistas maternas. “La madre necesita un bebé semejante a ella para poder fusionarse con él, las desemejanzas, no por sí mismas sino por su interpretación inconsciente, pueden interferir con el proceso fusional” (pág. 181).

P. Aulagnier⁽¹⁾ designa con el nombre de “sombra hablada” al niño soñado por la madre, a quien ésta le habla cuando no ha nacido aún, señalando que en el encuentro-desencuentro entre el infans y la madre, el cuerpo de éste puede sostener en mayor o menor grado aquella “sombra”. La imposibilidad para el bebe de contraponer manifiestamente sus propios enunciados identificatorios a aquellos que se le proyectan, pero la siempre presente posibilidad de contradecirlos desde el cuerpo (por el sexo o por cualquier falta o carencia) establecerán los parámetros de la relación madre bebé.

En cuanto a los vínculos padre hijo, se ha señalado⁽¹⁾ la incertidumbre en el hombre del papel procreador; el mayor anudamiento de la paternidad a lo simbólico; el peso del doble deseo de muerte (hacia el propio padre, hacia el hijo); también el aspecto de herencia, de sucesión, “...una voz, un nombre, un después...” que se traduce en una mayor urgencia en que el hijo acepte los valores paternos y en una presión fuerte hacia el crecimiento con menos peso en vivencias de separación.

¿De qué se trata en el caso de C y cómo pueden pensarse estos entrecruzamientos? Aquí, la situación aparece invertida: este niño normal es visto como minusválido y

enfermo en el cuerpo y/o en la mente por ambos padres y el resultado es esta identificación masiva de C con el padre.

En la madre, la proyección del rechazo hacia el marido y, tal vez, una vertiente más primitiva de odio hacia un hermano mayor, ideal y manifiestamente muy amado (hacia quien C se volverá en busca de una figura paterna indemne: hombre de buen humor y risa fácil, cuerpo grande y fuerte, siempre bien dispuesto para juegos y deportes) la harán proclive a ver sólo defectos y fallas en su hijo. Hay, no obstante, un lado de amor, inicialmente en la oscuridad, que irá gradualmente emergiendo; tuve la impresión de que C y la madre se iban enamorando mutuamente en el curso del trabajo de análisis, como si allí se procesara un nuevo nacimiento de este hijo.

En el padre, la insistencia en “es como yo... sin el accidente...”, “se parece a mi...”, “es idéntico...” se completa con otro enunciado: “yo soy conciente de la reedición de la cosa”. Deseo de un hijo varón igual a él, sano, a quien pensó ponerle su propio nombre, para quien aspira la perfección (“soy muy exigente”). Pero también destino de reedición-repetición: este ideal de perfección paterno excluye el cuerpo y se refiere sólo a valores intelectuales o éticos. Así, justificará el abandono de los primeros intentos de C para practicar deportes: “bueno... no somos deportistas” y lo llamará “enano” de modo “folklórico”, sin juntar, ni por un instante, el apelativo con su imagen.

3) Quisiera dejar planteada una pregunta, que una y otra vez me he formulado: ¿es acaso posible el uso de otro mecanismo psíquico que no sea el de la desmentida allí donde el cuerpo es visto con las marcas de un daño, cualquiera este sea?

El hombre creciente

Transcurrirá un tiempo, tiempo de puente de palabras, de encuentros y desencuentros. C hace progresivos intentos de “hacer” con su cuerpo karate, natación, fútbol, tanteos abandonados. Allí, en ese período –que marca un hito en el tratamiento– C modela con plasticina –en una sesión que se inicia bajo el signo del “susto” y del olvido– “una personita” luego otra, ambas casi iguales, ninguna de las cuales se puede tener en pie por el peso del tronco desproporcionado en relación a las piernas, mientras hace comentarios irónicos (“¿viste qué precioso?”) en medio de un torbellino donde yo registro la angustia y la pena que él esquivo. A lo largo de varias sesiones, volveremos a esos muñecos: necesitados de sostén y apoyo, porque si no se pueden desarmar, ambivalentemente cuidados por él, cuidado en el que se lee el cuidado y el amoral

padre, pero también su deseo de romper con esta identificación que lo ata. Aquí, por primera vez, él usará la palabra “deforme” y “humanidad”, explicitando una fantasía de no humanidad de su padre y de él. Desde ese lugar C desea que todos los demás sean igualmente lisiados, incluidas su madre y hermanas (un partido de fútbol, dibujado, enfrenta jugadores contrahechos de ambos bandos: el cuadro de sus amores y el cuadro preferido de su madre). Borde peligroso de una situación edípica muy frágilmente establecida en su vertiente positiva que, sin embargo, será eludido.

Como signos de cambio, emerge en esta etapa un esbozo de “novela familiar”: su padre habría escapado de un asilo, sería un rey y él, su hijo. Novela que enaltece al padre y se contrapone al dolor de percibir su cuerpo deforme, en tanto comienzan a ocupar el centro de la escena analítica fantasías edípicas con la madre, cuyo tema central es poder mostrarle un cuerpo hermoso y fuerte. Mostrará sus muñecos a los padres, en un gesto cuya significación sólo pude conjeturar, y luego los desarmará, pidiéndome una pelota: “así te muestro mis habilidades”.

Verdadero proceso de desidentificación, cuyas características no se superponen exactamente a ninguna de las descritas⁽²⁾ evoca para mí algo de situación de exorcismo. Esta idea se vio reforzada por los sucesivos despliegues corporales en el deporte (que no eran maníacos: no se percibía a sí mismo como “maravilloso”, tenía conciencia de sus dificultades para jugar, por ejemplo, al fútbol, pero le resultaba placentero hacerlo e integrarse al equipo) y los cambios en su cuerpo: para mi sorpresa, C crece. Creo que ambos tuvimos la impresión de que su crecimiento no era sólo un fenómeno de desarrollo físico, sino que algo se había liberado dentro de él.

De hecho, se transformó en un adolescente altísimo, cuya cara y simpatía lo marcan parecido con el padre.

Bibliografía

1. AULAGNIER CASTORIADIS, P. La violencia de la interpretación. Ed. Amorrortu, Buenos Aires, 1977.
2. BARANGER, W; GOLDSTEIN, N; ZAK DE GOLDSTEIN, R; Acerca de la desidentificación. Revista Argentina de Psicoanálisis. Tomo XLVI N° 6, 1989.
3. CASAS DE PEREDA, M. Sobre las identificaciones. Temas de Psicoanálisis, N° 57, Montevideo, 1986.

4. DIO-BLEICHMAR, E. El feminismo espontáneo de la histeria. Ed. Adotraf, Madrid, 1985.
5. DOLTO, F. La imagen inconsciente del cuerpo. Ed. Paidós, Bib. de Psicología Profunda, Buenos Aires, 1990.
6. ETCHEGOYEN, H. Las vicisitudes de la identificación. Libro anual de Psicoanálisis, 1985. The British Psycho-Analytical Society. Ed. Psicoanalíticas Imago S.R.L. Londres-Lima.
7. FREUD, S. La novela familiar de los neuróticos (1909) O.C. Tomo XI, Editorial Amorrortu. Buenos Aires, 1979.
8. FREUD, S. Sobre la psicología del colegial (1914) O.C. Tomo XIII, Editorial Amorrortu. Buenos Aires, 1980.
9. FREUD, S. Psicología de las masas y análisis del yo (1921). O.C. Tomo XVIII, Editorial Amorrortu. Buenos Aires, 1979.
10. FREUD, S. El yo y el ello (1923). O.C. Tomo XIX, Editorial Amorrortu, Buenos Aires, 1979.
11. GADDINI, E. On imitation, Int. Journal Of Psycho-Analysis, 50, 475 (1969).
12. GANTHERET, F. Lugar y estatuto del cuerpo en el psicoanálisis. Rev. Uruguaya de Psicoanálisis, N° 61.
13. GARCÍA, J. Narciso en Edipo. En Antiguos Crímenes, Editorial Trilce, Montevideo, 1994.
14. GIL, D. El yo y la identificación primaria. Temas N° 10. Montevideo, 1988.
15. LAPLANCHE, J. Y PONTALIS, J.B. Vocabulaire de la Psychanalyse. Presses Universitaires de France, Paris, 1967.
16. LUSSIER, A. The Pysical handicap and the body ego. Int. Journal of Psychoanalysis, 61, 179, 1980.
17. RANK, O. El mito del nacimiento del héroe. Ed. Paidós. Buenos Aires, 1961.
18. SANDLER, J. Acerca de la comunicación del paciente al analista. Libro anual de Psicoanálisis, 1995, Ed. Escrita, Brasil.
19. WIDLOCHER, D. El deseo de identificación y los efectos estructurales en la obra de Freud, Libro anual de Psicoanálisis, 1985. The British Psycho-Analytical Society. Ed. Psicoanalíticas Imago S.R.L. Londres-Lima.

20. WINNICOTT, D. Le corps et le self. Nouvelle Revue de Psychanalyse, Numéro 3, Printemps, 1971, Ed. Gallimard, Paris, 1971.
21. WINNICOTT, D. La consultation therapeutique et l'enfant Ed. Gallimard, Paris, 1979.